

¿Quién, si yo gritara, me escucharía entre las órdenes...

[Poema - Texto completo.]

Rainer María Rilke

---

### Primera elegía

¿Quién, si yo gritara, me escucharía entre las órdenes  
angélicas? Y aun si de repente algún ángel  
me apretara contra su corazón, me suprimiría  
su existencia más fuerte. Pues la belleza no es nada  
sino el principio de lo terrible, lo que somos apenas capaces  
de soportar, lo que sólo admiramos porque serenamente  
desdeña destrozarnos. Todo ángel es terrible.  
Así que me contengo, y me ahogo el clamor de la garganta  
tenebrosa. Ay, ¿quién de veras podría ayudarnos? No  
los ángeles, no los hombres, y ya saben los astutos  
animales que no nos sentimos muy seguros en casa,  
dentro del mundo interpretado. Nos queda quizás  
algún árbol en la loma, al cual mirar todos los días;  
nos queda la calle de ayer y la demorada lealtad  
de una costumbre, a la que le gustamos, y permaneció,  
y no se fue. Oh, y la noche, y la noche, cuando el viento  
lleno de espacio cósmico nos roe la cara:  
¿Para quién no permanecería aquélla, la anhelada,  
la tierna desengañadora, ahí, dolorosamente próxima  
al corazón solitario? ¿Es más suave con los amantes?  
Ay, ellos sólo se ocultan uno a otro su suerte.  
¿Todavía no lo sabes? Arroja el espacio que abarquen  
tus brazos hacia los espacios que respiramos; quizá  
los pájaros sientan el aire ensanchado con un vuelo más íntimo.

Sí, las primaveras de veras te necesitaban. Varias  
estrellas te pedían que las rastrearas. Se alzaba  
en el pasado una ola hacia ti, o cuando pasabas  
por una ventana abierta, se te entregaba un violín.  
Todo esto era una misión, ¿pero fuiste capaz de cumplirla?  
¿No estabas siempre distraído por la esperanza, como

si todo ello te anunciara a una amada?

¿Dónde intentas alojarla, si en ti los grandes pensamientos extraños entran y salen, y con frecuencia se quedan durante la noche?.

Pero si sientes anhelos, canta pues a las amantes; no es, en absoluto, suficientemente inmortal su famoso sentimiento. Aquéllas que casi envidias, las abandonadas, las encuentras mucho más amantes que las saciadas. Empieza siempre de nuevo la alabanza siempre inalcanzable.

Piensa: el héroe sigue en pie, aun el ocaso fue para él sólo un pretexto para ser: su último nacimiento.

Pero a las amantes la exhausta naturaleza las recoge en su seno, como si no hubiera fuerzas para lograr esto dos veces. ¿Has pensado lo suficiente en Gaspara Stampa, y lo que puede sentir cualquier chica a quien el amado abandonó, frente a tan elevado ejemplo de mujer amante: ¿Llegaré a ser como ella? ¿Estos, los más antiguos dolores, no deberán, por fin, darnos fruto? ¿No es tiempo ya de que, al amar, nos liberemos del amado y, temblorosos, resistamos, como la flecha resiste al arco, para ser, unidos en el salto, algo más que la sola flecha? Porque el permanecer está en ninguna parte.

Voces, voces. Corazón mío, escucha, como sólo los santos escuchaban; la enorme llamada los alzaba del suelo; pero ellos seguían de rodillas, de modo imposible, sin darse cuenta: de tal manera escuchaban. No que pudieras soportar la voz de Dios, lejos de eso, pero escucha el soplo, las noticias incesantes que se forman del silencio. Murmura hasta ti desde aquellos que han muerto jóvenes. ¿Acaso su destino no se dirigió siempre tranquilamente a ti, en Roma y Nápoles, cuando entrabas en alguna iglesia? O una inscripción sublime se grababa para ti, como hace poco la lápida de Santa María Formosa? ¿Qué quieren de mí? Debo apartar en silencio la apariencia de injusticia que a veces estorba un poco el puro movimiento de sus espíritus.

Realmente es extraño ya no habitar la tierra, ya no ejercitar las costumbres apenas aprendidas;

a las rosas, y a otras cosas particularmente promisorias, ya no darles el significado del futuro humano; ya no ser aquél que uno fue en interminables manos angustiadas y hasta hacer a un lado el propio nombre, como un juguete roto. Extraño, ya no seguir deseando los deseos. Extraño, ver todo lo que tenía sus propias relaciones, aletear tan suelto en el espacio. Y estar muerto es doloroso, y lleno de recuperación, de modo que uno rastree lentamente un poco de eternidad. Pero todos los vivos cometen el mismo error de diferenciar demasiado tajantemente. Los ángeles (se dice) con frecuencia no sabrían si andan entre los vivos o entre los muertos. La corriente eterna arrastra siempre consigo todas las edades a través de las dos zonas y atruena sobre ambas.

Finalmente ya no nos necesitan, los que partieron temprano, uno se desteta dulcemente de lo terrestre, como uno se emancipa con ternura de los senos de la madre. Pero nosotros, que necesitamos tan grandes secretos, nosotros que tan frecuentemente obtenemos del duelo progresos dichosos, ¿podríamos existir sin ellos? ¿Es inútil el mito de que, en la antigüedad, durante las lamentaciones fúnebres por Linos, una atrevida música primitiva se abrió paso en la árida materia inerte; y entonces, por primera vez, en el espacio sobresaltado, en el que un muchacho casi divino de pronto se perdió para siempre, el vacío produjo esa vibración que ahora nos entusiasma y nos consuela y ayuda?

\* \* \*

### Segunda elegía

Todo ángel es terrible. Y sin embargo, ay, los invoco a ustedes, casi mortíferos pájaros del alma, sé quiénes son ustedes. Los días de Tobías, ¿dónde quedaron?, cuando uno de los más radiantes apareció en el umbral sencillo de la casa un poco disfrazado para el viaje, ya no tremendo (muchacho para el muchacho, que se asomó, curioso). Si ahora avanzara el arcángel,

el peligroso, desde atrás de las estrellas, un solo paso,  
que bajara y se acercara: el propio corazón, batiendo  
alto, nos mataría. ¿Quién es usted?

Tempranos afortunados, ustedes, los mimados  
de la creación, cadena de cumbres, cordillera roja  
del amanecer de todo lo creado -polen de la divinidad  
florecente, coyunturas de la luz, corredores,  
escalones, tronos, espacios del ser, escudos  
deliciosos, tumultos del sentimiento tormentosamente  
arrebatao, y de pronto, individualizados, espejos,  
ustedes, los que recogen nuevamente en sus propios  
rostros, la propia belleza que han irradiado.

Porque nosotros, siempre que sentimos, nos evaporamos;  
ay, nosotros nos exhalamos a nosotros mismos,  
nos disipamos; de ascua en ascua soltamos un olor cada  
vez más débil. Probablemente alguien nos diga: Sí,  
entras en mi sangre; este cuarto, la primavera se llena  
de ti..., ¿de qué sirve? Él no puede retenernos,  
nos desvanecemos en él y en torno suyo.

Y aquellos que son hermosos, oh, ¿quién los retiene?  
Incesantemente la apariencia llega y se va de sus  
rostros. Como rocío de la hierba matinal se esfuma  
de nosotros lo que es nuestro, como el calor  
de un plato caliente. Oh, sonrisa ¿a dónde? Oh,  
mirada a lo alto: nueva, cálida, fugitiva  
ola del corazón; sin embargo, ay, somos eso. ¿Entonces  
el firmamento, en el que nos disolvemos, sabe  
a nosotros? ¿De veras los ángeles recapturan solamente  
lo suyo, lo que han irradiado, o a veces, como  
por descuido, hay algo nuestro en todo ello? ¿Estamos  
tan entremezclados en sus facciones, como la vaga  
expresión en los rostros de las mujeres preñadas?  
Ellos no lo advierten en el torbellino de su regreso  
a sí mismos. (¿Cómo habrían de advertirlo?).

Los amantes podrían, si lo comprendieran,  
hablar extrañamente en el aire nocturno. Pues parece  
que todo nos oculta. Mira, los árboles son; las casas

que habitamos permanecen todavía. Sólo nosotros pasamos de largo sobre todas las cosas como un cambio de vientos. Y todo se une para acallarnos, mitad por vergüenza quizás, y mitad por esperanza indecible.

Amantes, a ustedes, satisfechos el uno en el otro, les pregunto por nosotros. Ustedes, los que se aferran a sí mismos. ¿Tienen pruebas? Miren, me ha ocurrido que mis manos se reconozcan entre sí, o que mi rostro ajado se refugie en ellas. Eso me da cierta sensación. ¿Pero quién, sólo por eso, se atrevió a creer que de veras es? Sin embargo ustedes, los que crecen el uno en el arrobo del otro, hasta que él suplica, abrumado: “Basta”; ustedes, los que crecen, bajo sus recíprocas manos, más exuberantes, como años de grandes uvas; los que mueren a veces, sólo porque el otro se ha expandido demasiado; a ustedes les pregunto por nosotros. Sé que se tocan tan dichosamente porque la caricia retiene, porque no desaparece el sitio que ustedes, los tiernos, ocupan; porque, debajo de todo ello, ustedes sienten la duración pura. Ustedes, de sus abrazos, por ello, casi se prometen eternidad. Sin embargo, cuando ya se han sostenido el sobresalto de la primera mirada, y ya ocurrieron las ansias junto a la ventana y del primer paseo juntos, una vez, por el jardín: Ustedes, amantes, ¿siguen todavía entonces siendo los mismos? Cuando el uno alza al otro hasta su boca y se unen -bebida con bebida-: ¡oh, de qué manera tan extraña el bebedor entonces se escapa de su función!

¿No se asombraron ustedes, en las estelas áticas, de la prudencia de los gestos humanos? El amor y la despedida, ¿no fueron puestos demasiado ligeramente sobre los hombros, como si se tratara de seres hechos de otra materia que nosotros? Recuerden las manos, cómo se posan sin presión, aunque hay vigor en los torsos. Estos dueños de sí mismos lo sabían: Hasta aquí, nosotros; esto es lo nuestro, tocarnos así; que los dioses nos aprieten

con mayor fuerza. Pero eso es cosa de los dioses.  
Si nosotros encontráramos también una pura, contenida,  
estrecha, humana franja de huerto, nuestra, entre  
río y roca. Pues nuestro propio corazón nos excede  
tanto como a aquéllos. Y ya no podemos mirarlo  
a través de imágenes que lo sosieguen, ni a través  
de cuerpos divinos, en los que se contenga más.